

Globalización y diversidad cultural

Petér Eztérhazy

El escritor húngaro Petér Eztérhazy —Harmonia Caelestis, Una mujer— traza con agudeza un mapa de la diversidad cultural frente a las lenguas diversas. Ante la inminencia de la globalización, se refiere al monolingüismo como arma de identidad —entendido éste como influencia preponderante de la lengua materna. Enriquece el debate desde su óptica especial —central en tanto europea, excéntrica en tanto húngara.

Quizá correspondería mejor con mi forma de ver las cosas la diversidad cultural de los idiomas. Pero a este respecto no me aferro a una posición estricta, no soy de los wittgensteinianos “a rajatabla” (en este caso, por Wittgenstein entiéndase el joven Wittgenstein), más bien y sobre todo hablo de sensación y de práctica, cuando observaría todo partiendo desde la lengua, o sea, que la construcción posesiva* me viene más a mano a la inversa, son los idiomas los que brindan la diversidad

* en húngaro la construcción posesiva es al revés, como en inglés, el perro del marino: *sailor's dog*.

cultural, son las lenguas las que crean esta multiplicidad, y no al revés, no es a la diversidad cultural a la que se pudieran asociar lenguajes.

Este problema quizá sea lo mismo que la cuestión escolar del contenido y la forma. No existe, a mi juicio, contenido independiente de la forma, en las llamadas bellas letras estos dos conceptos son inseparables.

Nos gusta contemplar la lengua como puente entre culturas, naciones y personas *je t'aime*, pero la lengua también es una barrera muy dura, capaz de separar. A mí me ha tocado la suerte de que en mi juventud —tal vez por causa de cierta pereza asiática ancestral, o debi-

do a mi primitivismo personal— no he aprendido inglés (les juro que no me acuerdo cómo pudo ocurrir, tan ilógico parece eso ahora), por lo tanto aquí y ahora no caigo en la tentación de hablar en inglés, si bien el sentido común, *die reine Vernunft*, me obligaría a hacerlo, ya que con ello las cosas marcharían aquí con tanta mayor fluidez, mejorando sustancialmente las oportunidades de mi comunicación.

Sin embargo, de esa forma no nos llamaría la atención una de las características más importantes, más hermosas, más ambivalentes y más capciosas de la lengua: a saber, que se le puede malentender. Se abren ante nosotros nuevos mundos, y no solamente los *brave new worlds*.

Porque, ¿qué está pasando ahora aquí? (Al menos, conforme a los planes originales.) Yo, naturalmente, hablo en la lengua de mi madre, en húngaro, en la que incluso respiro, y lo que digo, luego es traducido al castellano, del cual el intérprete simultáneo lo traspone al inglés. Tal vez aquí también se conozca un juego infantil, el *juego del rumor*, en el que los jugadores van susurrando uno tras otro, en el oído del compañero siguiente, la frase, la información que escucharon un momento antes, y al fin de la ronda se compara el estado inicial y final del mensaje.

Cuando yo hablo del cociente de radiación de las plantas nucleares, o digamos más bien, de las locuciones características de la amnesia histórica de las naciones de Europa Central y del Este, tras las múltiples traducciones, esto a lo mejor llega a Susan Sontag como la temática de “el efecto del sexo oral sobre la fórmula de solución de las ecuaciones de segundo grado”.

Y cualquier cosa que vayamos a decir más adelante la interpretaremos en su propio contexto. O sea, cuando Susan, después del análisis del papel eminente de los labios, advierte, como algo secundario, que naturalmente no se puede dividir entre cero, yo inmediatamente *entiendo* que ella piensa en que no se puede recordar el no hay, uno solamente puede recordar lo que sí hay, pero eso ya hay que recordarlo, y que esto es algo trivial, que más claro no canta un gallo, esto lo percibo de sus acentos, y aún me vienen a la mente los debates centroeuropeos de los años ochenta, en los que Sontag jugó un papel importante, y este recuerdo no hace más que reafirmarme en mi interpretación, que considero apropiada, de que efectivamente sólo se puede olvidar algo que recordamos; con qué exactitud y cuánto ingenio queda expresado esto en la prohibición de la división entre cero, y cuán característico es esto de la forma de pensar de Susan...

En las bellas letras tiene legitimidad esta forma, digamos, especial, de la comprensión. En esta concepción, una definición posible de la novela es: demostrar, mediante una serie de afirmaciones falsas, la existencia de Dios.



Códice emilianense, San Millán de la Cogolla

El lenguaje de la literatura no aspira necesariamente a la comprensión, a la comprensión racional. El lenguaje de la literatura no es el idioma del diálogo de la gente razonable. Este lenguaje no aspira a la comprensión, sino a la creación.

La creación es algo oscuro y tenebroso, hacer algo de la nada no es cosa que se entienda por sí misma. Aunque podemos albergar esperanzas de que sí sea profundamente humano. Por lo tanto, el lenguaje de la literatura quiere crear, dar vida, quiere levantar un edificio de palabras. Centra toda su atención en el edificio (naturalmente, el escritor aquí lo es todo: es el mandante, el anfitrión, el arquitecto, pero también es él el aparejador y el albañil, es más, también es él la mujer algo regordeta, pero apetecible aún, del anfitrión), debe prestar atención a las proporciones del edificio, y naturalmente, también a las cuestiones prácticas, por ejemplo, que el cuarto de baño no esté en la cocina, y que los cables de la electricidad no se crucen con la conducción del agua. Dicho de otra manera, tiene que mantener el



Vita Patrum, manuscrito armenio en cursivo

orden, aunque también es cierto que es él mismo quien dice lo que es el orden.

Tiene que preocuparse de todo ello, pero por ejemplo ya no tiene que ocuparse de los requisitos de los estándares oficiales, tranquilamente puede construir sobre el lindero de la parcela, y puede utilizar ladrillos de procedencia desconocida (nota autobiográfica), puede hacer caso omiso de las modas en boga, y puede echar a perder sin remordimiento alguno la imagen urbana de la ciudad, convirtiéndose en blanco del resentimiento de los concejales cargados de responsabilidad. No debe prestar atención ni siquiera a los futuros espectadores,

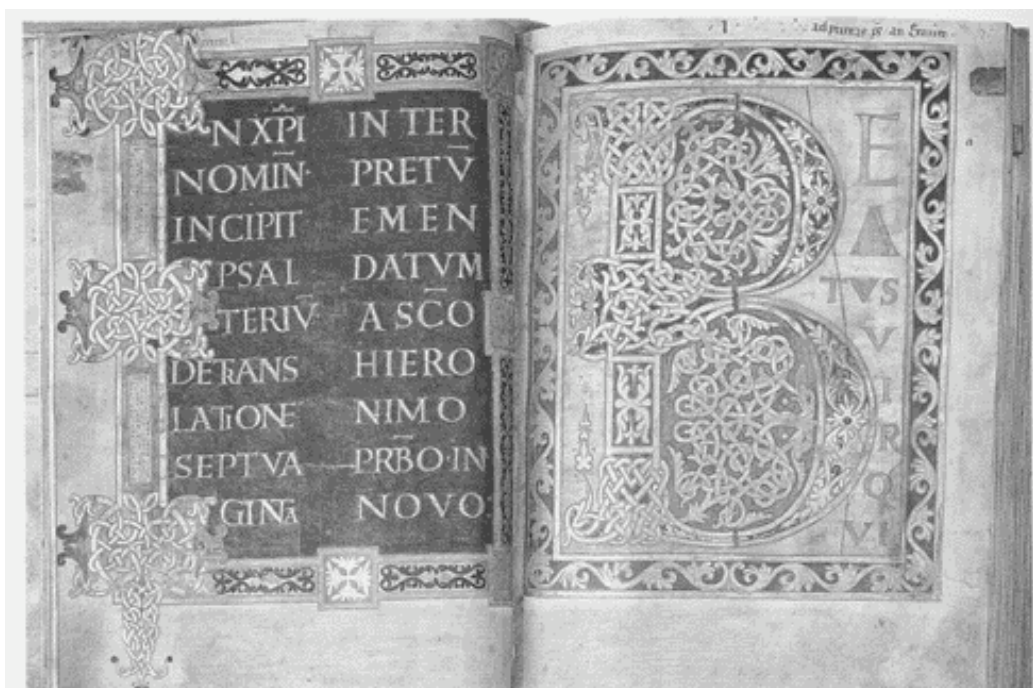
ni a los fascinados, ni a los desdeñosos. Únicamente a ese miserable edificio de maravilla.

El lenguaje de la literatura no aspira a la comprensión, sino al conocimiento.

El pluralismo lingüístico, la intertextualidad, la traducción, éstas son nuestras palabras clave de hoy aquí, mientras que yo justamente estoy llamando la atención sobre el monolingüismo, sobre el hecho de que la literatura trabaja justo con las posibilidades, con la infinidad y con el carácter finito de *una sola lengua*. En vano caería en la tentación de cambiar de vez en cuando, como antaño en una selecta sociedad de aristócratas, a otro idioma, por funcionar ése mejor en aquel momento determinado —si por ejemplo, a lo largo de la solución de las ecuaciones de segundo grado recibidas por Susan Sontag, anteriormente mencionadas, se apoderaran de mí sensaciones extáticas, nuestro estado de entusiasmo se expresaría más rica y ahorrativamente que con ninguna otra expresión, con un *not bad* inglés, reservado por definición (no olvidemos que no hablo inglés), pero esta misma expresión en húngaro o en alemán no sería más que magra ironía, un balanceo alicaído—, en vano caería en la tentación. El trabajo del escritor, entre otras cosas, consiste justamente en que, donde la lengua no parezca ser ingeniosa, donde la lengua no acuda inmediatamente a socorrerle, tiene que ponerse a darle vueltas, a observar y a manosear las posibilidades hasta que la lengua exude algo que sea utilizable. En cierto sentido, en esta concepción lingüística el escritor es fundamentalista, es el esclavo del Uno, no el amo de Muchos. (O al revés, es el amo del Uno y el esclavo de Muchos, debería reflexionar aún sobre esta cuestión).

El dominio del idioma no puede significar solamente la posibilidad de la libertad de expresión, sino que es también una cuestión de poder. Es distinto tener el dominio del castellano o del inglés, que el del húngaro.

Naturalmente es cierto que sabiendo otro idioma miramos el nuestro propio con otros ojos, incluso nos damos cuenta de detalles que no divisamos desde dentro. Pero yo considero esto como si fuera un asunto interno de la profesión, es la obligación del escritor dominar lo mejor posible su idioma, y forma parte de ello también el conocimiento de los llamados idiomas extranjeros.



Psautier de Saint-Gall, siglo IX

En principio, la situación es simétrica, el uno es un idioma y el otro también lo es, pero la simetría falla. Palpo (aunque esté escribiendo estas palabras en el mes de agosto) que ustedes comienzan a aburrirse de escuchar el retumbo, la melodía, quizás interesantes, de este idioma *completamente* desconocido. Es más, para colmo ni siquiera se aburren, ni pueden aburrirse, porque no tienen ninguna forma de relacionarse con él, no les ayuda en ello ninguna experiencia lingüística. Y yo en vano blando aquí la espada de las oraciones cual un Don Quijote, aunque no lo hago en vano: ¡hay que arremeter contra los molinos de viento! Y también es intrínseco del espíritu del caballero que, si bien les estoy dirigiendo la palabra a ustedes, y gracias a las interpretaciones, mis palabras les llegan, pero aún así estoy *solo*.

Estoy solo, al igual que un escritor de novelas. Pero en la novela es bueno, o al menos es algo natural el estar solo, y de todas formas es mejor allá que en una mesa redonda. Conversemos, pues, ya que junto a una mesa únicamente tiene probabilidades el diálogo.

Naturalmente es cierto que sabiendo otro idioma miramos el nuestro propio con otros ojos, incluso nos damos cuenta de detalles que no divisamos desde dentro. Pero yo considero esto como si fuera un asunto interno de la profesión, es la obligación del escritor dominar lo mejor posible su idioma, y forma parte de ello también el conocimiento de los llamados idiomas extranjeros.

Lo que sí no creo es que se deban dar pasos o practicar gestos en aras de la traducción, de la traducibili-

dad. Todo lo contrario. Al decir todo lo contrario, no me refiero a que haya que amargarle la vida adrede al pobre traductor (de cuyo nombre, por lo demás, no se suele acordar nadie, y es que nosotros, lectores desagrados, no solemos hacerles ningún caso; este texto fue traducido por Tomás Bernáth, por cierto), sino que todo lo contrario, considero una traición expresa si el escritor se somete a tales compromisos lingüísticos. Claro, también es posible pensar de otra manera muy distinta sobre este particular. Si uno se aproxima al asunto desde el lado del lector y no del lenguaje, sería un loco de atar si no tomara en consideración los requisitos de las distintas *repciones*. Por qué no pensar en las probabilidades, posibilidades y exigencias del lector surcoreano, si tiene lectores surcoreanos (o húngaros).

No hay que dirigir lisonjas a la diversidad, no hay que hacerle reverencias, mientras que de manera natural sentimos deseos de esa diversidad, porque nos apetece esa riqueza. Dado que, por decirlo de una manera burda, considero que llego a conocer el mundo a través de la lengua y no por medio de los hechos del mundo, por ello también pienso que es a través del uso —y no diría preciso, sino refinado— lo más refinado posible del idioma húngaro, como puedo llegar a saber más acerca del mundo, y puedo transmitirle lo más posible a cualquiera acerca del mundo. Es justamente el monolingüismo** de un sólo idioma lo que mejor sirve a la diversidad. □

** enténdase la exclusividad de la lengua materna.